

losa, nos cuenta, que el arzobispo de Toledo mandó subir el precio de las entradas al espectáculo «para retraerlos de asistir: tan miserables son».

La *Relación* puede leerse como una crítica criolla de la sociedad cortesana en el momento de su extinción. Detesta tanto al vulgo como a los Grandes de España, magnates o «ricos-homes» característicos por su pequeñez moral, su ignorancia y sus vicios. No podía ser otra su consideración de la élite borbónica a la que achacaba todas sus desgracias y las de su atribulada nación. Pero de esa España gemebunda, a punto de ser desbaratada por el ogro de Córcega, Mier toma la costumbre tan hispanoamericana de culpar al otro extraterritorial, la madre patria o el imperio a la moda de todos los males del terruño. Servando, con su pasión historiográfica siempre un tanto abrupta, hasta achaca a los desórdenes cortesanos la naturaleza hereditaria de la corona española. La obediencia y la servidumbre, el sustento del fasto real, bajan como una bola de mierda desde la realeza hasta el tercer estado. Todo se compra, advierte, en ese reino de cincuenta Grandes, simples monteros mayores del país de los salvajes.

La ansiedad servandiana por dotar a México —y a sí mismo— de un abo-lengo apostólico es inversamente proporcional a su desprecio por un reino cuya aristocracia lo es más por el dinero que por la sangre. El Palacio Real de Madrid, concluye Mier, es un congal de donde van saliendo mal casadas hasta las monjas. Más aún: habla de un tal Obregón, un buen mozo mexicano de veintiséis años, a quien una cortesana alemana compró como chichifo «porque las viejas siempre gustan de jóvenes que no las pueden querer, porque nadie puede querer a la muerte, que representa una vieja»<sup>8</sup>.

No muy distintas son las condenas españolas de la época contra esa corte, la que conoció Mier, dominada por el valido Manuel Godoy, amante de la reina. Pero debe decirse que el fraile mexicano carecía de un ejemplo de virtud palaciega que oponer al real burdel y mingitorio de los últimos Borbones. Los historiadores del virreinato no han decidido si en la Nueva España hubo una verdadera sociedad cortesana; yo sólo puedo columbrar que Mier apenas recordaba ese mundillo, del que fue violentamente expulsado a los treinta años. Sabemos muy poco de su ascensión como joven predicador hasta llegar al precipicio del 12 de diciembre de 1794, pero de la corte virreinal, de sus privilegios y maneras Mier nunca tuvo mucho que decir.

Lo cierto es que ante la Villa y Corte, la chusma y el palacio, Servando expresaba o fingía una ignorancia profunda de su país. México era para él un jeroglífico cuyo desciframiento no pasaba por la vida cotidiana ni se

<sup>8</sup> *Mier, Memorias, II, op. cit., pp. 166-167.*

paraba ante la nobleza nacional. Fray Servando idealizó tanto su patria que la olvidó.

Carlos III y Carlos IV son unos holgazanes que se la viven cazando en los Sitios Reales, torturando bellacamente a sus monteros y a sus guardias de corps. Mientras tanto, la fábrica de vidrio de La Granja, el Retiro o el Prado están abandonados, como la fábrica de la China. Pero tras esta lamentación no se crea que Mier tiene en mucha estima las antigüedades españolas.

El intérprete de Quetzalcoatl dice que «los dioses antiguos de los españoles» son «figuras ridiculísimas» y San Lorenzo del Escorial, aun con su buena colección de pintura italiana, le parece a este alquimista de las pirámides, ¡«un montón de piedras»! Alguna tristeza le produce el estado de la biblioteca, ya medio quemada, de los manuscritos árabes, pero como el bibliotecario es un monje jerónimo «y con decir jerónimo ya dije que es un bárbaro», se desentiende del asunto, rematando con «Hice del bibliotecario el mismo juicio que un embajador de Francia, a quien habiéndole preguntado el rey qué le parecía su biblioteca, respondió: «Excelente; pero al bibliotecario lo debe hacer V. M. Ministro de Hacienda, o tesorero general, porque no toca el depósito que se le confía»<sup>9</sup>.

Una vez más, tras las visitas culturales, Servando vuelve a describir la máquina de los covachuelos, así como el desprecio borbónico por las ya entonces llamadas «colonias» cuando los reinos americanos gozaban de «las prerrogativas de los más distinguidos reinos de España [pues] tenemos también Cortes según las leyes de Indias o Congresos de las ciudades y villas, señalados los votos de ellas»<sup>10</sup>.

Resalta la nostalgia por la grandeza perdida del orden medieval más que las esperanzas constitucionalistas. España se condena con la conquista de México: el imperio destruye a la comunidad. El «despótico» cardenal Jiménez de Cisneros invade la Ceuta africana y Carlos V hace las guerras de Alemania para que más tarde el Segundo Felipe se adueñe de Europa teniendo en «su bolsa el dinero de América». En esa página concluyente aparece un Mier vindicador de esa «nación» que apoyada en las comunidades se rebela en 1519, como preparación al episodio nacional de 1808 del que el cura mexicano será partícipe. Para Mier, como para tantos de los liberales de 1812, la Constitución de Cádiz, más que un paso hacia la modernidad, es una vuelta a los orígenes, a la España de las Cortes donde los reyes eran electivos o sin designación de primogénitos ni «exclusión de

<sup>9</sup> Ibid., p. 169.

<sup>10</sup> Ibid., p. 174.

las hembras». Ese reino, más concejal que parlamentario, comunitario y nunca imperial, es la República Cristiana acaso soñada para el México del futuro.

El mapa burocrático de Madrid lo orienta entre los covachuelos, sus costumbres y escondrijos. Llegamos a ellos recorriendo «el desorden, enredijo y angostura de las calles, sin banqueta alguna», mirando hacia los desvanes en los techos de teja, eso que llaman «guardilla» donde «suele vivir allí algún infeliz, como otros infelices suelen vivir en los subterráneos que tienen las casas» pues «no hay edificio de provecho». Los Palacios Reales le parecen muy poca cosa, como el del Retiro, abandonado a los jerónimos y «el actual del rey [que] debía constar de tres lienzos; pero se ha quedado en uno por los gastos locos de Godoy y la reina, cuyo bolsillo secreto anual subía a 56.000 de reales para pagar sus amores...»<sup>11</sup>.

Tampoco vale nada para Servando la arquitectura eclesiástica: «Allá las iglesias no son templos magníficos y elevados como por acá, sino una capilla. Ninguno tiene torre, y la ponderada giralda de Sevilla es más baja que la torre de Santo Domingo de México». En esos antros se lleva a cabo la liturgia española, que al fraile novohispano le parece remedo de religión, casi como cuando Bernardino de Sahagún encontró diabólica la semejanza entre los ritos mesoamericanos y el cristianismo: «Los predicadores del rey apenas pasarían por sabatinos en México. Son unos bárbaros. Asistí al sermón de uno que tenía crédito, era monje basilio, y me reía a taco tendido de oír a fray Gerundio de Campazas. La gente me decía: «Se ríe usted porque le gusta ¿no? Es un pico de oro»<sup>12</sup>.

Se burla del rey creyente en las mentiras piadosas de los frailes dominicos cuando le cantan la letanía de la Virgen de Atocha, a la que atribuyen haber volado desde Jerusalén huyendo de los mismísimos moros. En el trayecto no se apagaron las velas del tocado. Y se alegra de que entre tantas «absurdas pajarotas», el conde de Floridablanca haya tratado de poner en orden a los padres clérigos del Salvador y a los canónigos de San Isidro.

Tenemos la versión servandiana de la nefasta monacalización de España. Según él, fueron los franceses, cuando ocuparon las catedrales hispánicas en el siglo XI, quienes introdujeron la institución de San Crodegando, obispo de Metz (muerto en 166) quien trajo la *Regla de los canónigos* a los agustinos de su iglesia. Estos monjes suplantaron a los obispos guerreros que andaban en guerras y cruzadas, imponiéndose a un clero analfabeto y usurpando el gobierno eclesiástico, atrincherados en la sacristía o *sacriarium*, de

<sup>11</sup> Ibid., pp. 178-179.

<sup>12</sup> Ibid., pp. 178-179. Sabatinos son los novicios que rinden examen el sábado y basilio denomina al clérigo de las iglesias unecatas, de rito greco-bizantino pero de obediencia papal.

donde vivían de los diezmos de la feligresía. Esta explicación histórica, poco fiable, sólo le sirve a Mier para exaltar la semirreforma monástica de Floridablanca, una reproducción a escala del experimento constitucional de Grégoire: los canónigos de San Isidro cobraban directamente sueldo del rey. Y Servando filtra un dato biográfico: «Yo tenía entre ellos mucha aceptación, y decía en San Isidro la misa de once por seis reales»<sup>13</sup>.

Mier repite su esquema narrativo: paisaje, clero y siglo, monasterio y sociedad. Sabe que puede cansar a su público imaginario e interrumpe la comedia monástica con notas de color. Habla, por primera vez en sus memorias, de la prensa, considerando a la *Gaceta de Madrid* «la más infeliz de Europa», prensa redactada por y para la Secretaría de Estado. Y cita a *El Mercurio*, un tanto más independiente, obra de un «americano pretendiente». Esa apreciación es resultado de dos recuerdos de la vida política e intelectual de Mier durante 1812: la colaboración como polemista en *El americano*, de Blanco White y su conocimiento de la ley de libertad de imprenta promulgada en Cádiz. Tras las Cortes, antes de la Restauración habrá en Madrid hasta veintitrés periódicos. Un año después, en 1815, sólo quedarán cuatro.

Y pasando a los museos, Servando se jacta de la osamenta del mamut conservada en el Museo de Historia Natural, pues aquella bestia por desgracia desaparecida era propia de la América y en tanto que más gigantona que el elefante, es otra comprobación de la superioridad del Nuevo Mundo. Lamenta el turista que la espada que Francisco I entregó a Carlos V cuando cayó prisionero en la batalla de Pavía haya sido reclamada (y robada) por Napoleón. Alaba nuevamente a Floridablanca por la fundación de aquel Jardín Botánico que dirigió Zea, el amigo de Mier. Y en una curiosidad premonitoria, se fija en dos momias de los guanches de Canarias<sup>14</sup>.

## 2. Anacarsis en el pudridero

*Y en la actualidad si alguien recaba información sobre Anacarsis, los escitas aseguran que no lo conocen...*

Herodoto, *Historia*, IV, 76-78

Hojeando la literatura española, Servando aparece como bibliófilo quisquilloso y crítico destemplado de libros y librerías matritenses. Allí, dice,

<sup>13</sup> Ibid., p. 184.

<sup>14</sup> Ibid., p. 185.